

CÁLCULO DE SUPERVIVENCIA

El té humea en la taza mientras la mañana entra por la ventana, fría y cortante. Me detengo un instante, apoyada en el borde de la encimera, sintiendo la presión de la bolsa que se adhiere a mi piel, respiro hondo.

La casa estaba en silencio, y en ese silencio cabía toda mi ansiedad. El mundo sigue girando, indiferente a lo que siento, indiferente a lo que necesito. Mi estómago insiste. Mi espalda protesta. Y, aun así, debo levantarme. Porque es mi primer trabajo. Porque debía demostrar que podía. Aunque dentro todo me gritara que estaba al límite. Hoy, mañana, hasta el día que llegue la jubilación. Las obligaciones no entienden de fragilidad.

Cada gesto es calculado, cada movimiento medido. Me vestí despacio, la blusa blanca, lo bastante suelta para disimular. Los pantalones que no aprieten. El bolso cruzado, medido para no presionar.

El espejo me devolvió la imagen de una joven con el pelo recogido y la sonrisa forzada. “Que no se note”, me repetí. Ese era el plan, aprender a moverme entre otros como si nada pasara. Cada paso me recordaba que la rutina iba a ser una prueba, y que cada error podía ser un castigo silencioso.

Sé que caminar al despacho es solo trasladarse, pero el trayecto hasta la oficina se convirtió en una carrera de obstáculos.

La oficina me recibió con el olor denso de café recalentado y papeles viejos. Roldán, mi jefe, ya estaba allí. No saludó. No preguntó cómo estaba. No dijo “bienvenida”. Solo me señaló una pila de carpetas como si yo llevara años en ese lugar.

Sus ojos no vieron a una joven en su primer día, sino a una ficha más en su engranaje. Solo vio un curriculum y asumió que podía cumplir cada expectativa, cada número, cada plazo. En su mundo solo existían cifras, plazos, beneficios. Y me preguntaba cómo podía llamarse “economía” un sistema que mide la rentabilidad, pero nunca el desgaste de los cuerpos.

- ¿Otra vez levantándote? Aquí no hay tiempo para pausas.

Tragué saliva. Quise explicarle que cada descanso era para sobrevivir. Que cada gesto que él consideraba “lento” era, en realidad, un cálculo de supervivencia. Que mi piel, mi estoma, mi equilibrio no entendían de eficiencia.

Pero me quedé callada. El miedo al despido pesa más que cualquier verdad. Y Roldán, ocupado en su mundo de números y resultados.

Las llamadas no paraban. Los correos se multiplicaban. Los demás parecían flotar entre teclados y pantallas, mientras yo contaba respiraciones, minutos, movimientos. Cada pequeño éxito era una victoria secreta. Nadie la veía. Pero yo sabía que existía.

Al mediodía salí al parque de al lado. El sol, tímido, atravesaba las ramas desnudas de los árboles y la luz me acarició la cara. Cerré los ojos. Intenté respirar profundo y olvidarme del mundo laboral por un momento.

El aire frío me devolvió un instante de calma. Pensé en lo poco que se habla de nosotros, los que trabajamos con cuerpos distintos. En lo poco preparados que están los espacios, los horarios, las leyes. En lo poco que importamos cuando no encajamos en el molde de la “normalidad”. Y, sin embargo, pensé también en lo que podría ser distinto si se escucharan nuestras voces.

Recordé a mi madre diciéndome que este empleo era una oportunidad. Que debía aguantar. Que el mundo siempre había sido duro, y que las mujeres siempre teníamos que resistir el doble. Y yo asentía, aunque por dentro me preguntaba si alguien, alguna vez, cambiaría las reglas.

Por la tarde regresé. La oficina seguía bullendo. Roldán seguía en su despacho, con su eterna pila de carpetas. Los teléfonos seguían sonando, los correos seguían llegando. En medio del ruido, un compañero bromeó. Reímos un instante. Fue un respiro breve, pero suficiente. En esos segundos sentí que no estaba tan sola, que la humanidad podía filtrarse incluso en las oficinas más frías.

El trabajo continuó hasta que mi cuerpo me recordó sus límites. Los músculos tensos, el dolor, la bolsa llena...

Al volver a casa encendí la cocina. Preparé la cena despacio. Corté el pan con calma. Toqué los tomates, los olí, los probé. Era una manera de reconciliarme con el día. Cada bocado, un recordatorio de que mi cuerpo seguía aquí, vivo, pese a todo.

Me senté sola a la mesa. El silencio de la casa era distinto al de la oficina, aquí no era hostil, aquí era mío. Hoy había sobrevivido. Mañana sería otro día, otro día en el que tendría que demostrar lo que otros jamás se cuestionan.

Antes de dormir, me miré una vez más en el espejo. La luz cálida de la lámpara dibujaba sombras en mi rostro. La bolsa seguía allí, discreta y firme. No era un límite, era una cicatriz convertida en bandera. Era mi estandarte silencioso, mi marca de resistencia.

Sonrei. Mañana habría más decisiones. Más pasos cuidados. Más productividad mal entendida. Más jefes que confunden valor con velocidad. Pero también habrá más vida. Más resistencia. Y más triunfos invisibles que solo yo podré valorar.